

La Televisión escolar no tiene el propósito de substituir al maestro. La Televisión no puede servir de mediadora entre la materia enseñada y el alumno, pues en la situación actual de nuestra enseñanza, el contacto vivo de persona a persona sigue siendo el factor más importante para la transmisión de los elementos educativos. Esto se refiere sobre todo a la formación de la conciencia juvenil, pero tiene también un valor fundamental para la instrucción de los adultos. Esta es la razón de que la televisión no pueda suplantar por completo la labor de los educadores en las universidades populares, ya que sólo el diálogo que se entabla a continuación permite ordenar los conocimientos expuestos en contextos mayores (10).

El hombre ha dejado de ser "inner-directed", es decir, ha perdido interioridad para ser dirigido desde fuera, para dar preferencia al conocimiento sensible. La TV y las artes gráficas han acostumbrado al hombre a unos moldes de pensar y reaccionar en cierto modo "gregarios". Por eso, el papel que la TV Educativa tiene en perspectiva, está orientado a enseñar al hombre a pensar, no en una forma "standarizada", sino de tal modo que despierte su actividad creativa y le ponga en camino de "realizarse" a sí mismo.

Un instrumento como la TV en manos de un estado totalitario, sería la forma ideal de influir en una educación de masas, y moverlas luego a capricho; en manos de una democracia, debe ser un instrumento de cultura que haga al hombre consciente de su responsabilidad social frente a una comunidad que abre cada vez más su esfera de radiación para hacerse "ecuménica".

Como fenómeno cultural de nuestro siglo, la TV ha demostrado su potencialidad educadora. En algunos medios culturales aún no se ha dado el paso para innovar los instrumentos de enseñanza. No hay por qué apresurarse ahora. La TV como instrumento de enseñanza alcanzará su momento en esos medios, cuando se alcancen otros objetivos necesarios para ello. También las culturas están en subdesarrollo.

10.—Klaus Von Bismarck, op. cit. pág. 109.

Reforma

y

verdad

Juan M. Parent

La preparación del Concilio y los documentos publicados nos llenaron de esperanzas. Las decisiones conciliares debían abrir caminos nuevos. En la práctica, lo poco que se ha hecho hasta ahora es desconcertante. Las primeras aplicaciones —allí donde las hubo— son paupérrimas, falta de originalidad y sobre todo muy poco en el espíritu conciliar, aun si se obedece "ciegamente" a las instrucciones y decretos.

Solamente unos ejemplos en el sector litúrgico: los altares se han convertido en mesas —si acaso lo son— de poca calidad, incómodas y muy feas; las lecturas que antes se cantaban han quedado incomprensibles por la falta de atención y preparación de los lectores apresurados, y se les ha quitado su solemnidad; los cánticos que entran en nuestros templos son apenas unos balbuceos, aun en las llamadas misas populares, modernas o "criollas".

El problema de fondo, digámoslo de una vez, es el de la autenticidad. Nuestro culto se reformará según la mente conciliar cuando vivamos en verdad nuestra religión.

Si consideramos la historia de las formas litúrgicas, la evolución que han sufrido llama la atención. Se desarrollan desde la espontaneidad primitiva en la flo-

rescencia de las numerosas oraciones al fixismo de la contra-reforma y al juridicismo actual rubricista.

Es necesario detenernos un momento en este problema y empezar a remover nuestros conceptos en torno a él, para impulsar el recto movimiento hacia las formas nuevas del mundo de lo sagrado, hacia una liturgia para nuestro tiempo.

La liturgia empieza en la acción. El Concilio dice que es culmen. La liturgia desemboca en la acción. El Concilio dice que es fuente. La autenticidad de la acción nuestra creará la autenticidad de las formas sagradas. La liturgia en este caso será viviente y no será esta "cosa" muerta que llamamos "ceremonia".

La acción es esencialmente una creación. Los débiles imitan, los débiles repiten lo que los adultos hacen. El adulto que lo es verdaderamente crea en su actuar, no reproduce maquinalmente lo de otro, al menos que sufra de alienación, caso muy común infelizmente.

Uno de los términos más aceptados en los ambientes en los que se trata de liturgia es "el signo". La liturgia será signo precisamente cuando sea vida, cuando signifique la vida.

Un presupuesto debe imponerse en este momento. Mientras los fieles que llenan nuestros templos no son la población activa de la sociedad, difícilmente la liturgia llegará a ser expresión de esta actividad. Posiblemente uno de los motivos por el cual la liturgia nuestra se ha vuelto devocional y sentimental es que los practicantes de nuestra liturgia son sentimentales y llenos de devociones.

El signo llama y congrega. El signo atrae porque corresponde a un estado de la persona.

El caso de la Eucaristía es de lo más significativo en este sentido. La desvirtualización de los signos ha llegado a un extremo tal que hoy son simplemente símbolos del signo cuando no alegorías. El pan que se da en la comunión no se parece en nada al pan, sino más bien a un pedazo de papel o a una "pastilla" como decía un novio al recibir la comunión prematrimonial. El olvido de la comunión bajo ambas especies es otro ejemplo de esta situación. Estamos jugando con las palabras y nos engañamos lamentablemente.

En una reforma completa se tratará de volver a la veracidad del pan, de la piedra, del vestido, del espacio (1).

Pío XII en el Congreso de Asís, lo anunciaba también en un párrafo profético, y afirmaba la necesidad de este esfuerzo para acomodar "las relaciones de la liturgia a las ideas del mundo actual, a la cultura contemporánea, a las cuestiones sociales, a la psicología de la profundidad". La verdad de los signos no está solamente en los objetos y las palabras materialmente considerados sino en esta asimilación de la vida del hombre en el culto. Asimilación entendida sin miedo, en términos bíblicos, concretos y no en términos descarnados de la filosofía cartesiana que desvirtuó todo el pensamiento moderno.

La objeción se levanta de inmediato: tal liturgia rebajaría al hombre, lo mantendría en su estado de pecador, no respondería a su elevación a nivel superior. Es evidente que sería un pecado sin remisión el sustituir la imagen del hombre a la imagen de Dios. El culto no puede llegar a ser la proyección de un hombre vaciado de su semejanza al Creador. Para que la

forma sagrada sea auténtica se exige otra dimensión; brota del hombre pero supera al hombre, y supera no sólo a aquel que la pensó sino a todos los que la conocerán. "Una liturgia auténtica es una liturgia en la que las formas vienen del hombre, pero también una liturgia que, mediante sus formas, es capaz de alzar al hombre más allá de sí mismo, de revelarle de quién es imagen" (2).

Estas condiciones no son elucidables. La actitud actual no toma en cuenta estas normas intrínsecas y caemos en un doble error. El arcaísmo que consiste en volver a utilizar las formas antiguas y adaptarlas a palabras modernas. Es una copia infiel de otro tiempo. No da a nuestro pueblo lo que espera inconscientemente de la Iglesia. Serán las melodías gregorianas utilizadas para una letra castellana, serán ciertas costumbres de las épocas pasadas que se vuelven a resucitar porque eran bellas. Frente al porvenir tomamos todas las garantías posibles. Se adoptan las formas contemporáneas únicamente si son comunmente aceptadas, siempre las menos audaces, las menos significativas. El órgano por ejemplo, instrumento maravilloso, tradicional en la Iglesia. Pero ¿acaso el órgano tiene lugar en la música moderna? ¿Seguiremos utilizándolo? Será para apartarnos otra vez del mundo que nos toca salvar en Cristo.

Estas actitudes nos conducirán indudablemente y a breve plazo a la ruina completa aún en la misma reforma que hoy estamos emprendiendo. Otros concilios han fracasado.

* * *

Para entrar en situaciones concretas nuestras, debemos enfrentarnos a algunos aspectos de esta problemática.

Uno de ellos es el de los sacramentos en general. El sacramento es signo del encuentro con Cristo. Signo en el sentido pleno de la palabra, bíblicamente comprendido, es decir eficaz en su significación. Es cierto que en cuanto los mínimos requisitos están reunidos, Cristo se hace presente; pero no se trata de analizar las sustancias sino de llegar al hombre. Ser social, vinculado íntimamente a la sociedad en la que ha nacido, hecho de cuerpo y espíritu, sensibilidad, inteligencia y memoria. Si un rito sacramental significa un encuentro particular con Cristo en ciertas circunstancias propias de su vida, los gestos que servirán de sostén para este encuentro deben ser los gestos de su vida. Si el bautismo es rito de ingreso en la comunidad, —porque el borrar el pecado y el hacernos hijos de Dios se resumen enteramente en este ingreso—, la comunidad debe estar presente. Si el sacerdote es un desconocido, si el padrino está para sufragar los gastos, si los monaguillos son unos mocosos pidiendo propina, difícilmente el bautismo significará la entrada en la Iglesia en este contacto con Cristo.

Más característico aún es el matrimonio. Si aún vive algún rito humano en nuestra sociedad tecnificada, es éste. Hoy todavía los hombres celebran familiar y socialmente el vínculo conyugal. Los ritos son numerosos y la Iglesia asume solamente una entrega

(1) Roguet, *La Maison-Dieu*, Nº 20, p. 117 sg.

(2) Gérard Devred, *Formes sacrés*, Nº 2, p. 9.

rápida, bendecida en el murmullo del vicario de servicio, al son de una sentimental "Ave María"...

Los ritos son abundantes y nombres solamente la despedida de solteros; la solemne entrada en el templo de la novia, en oposición a la entrada solitaria del novio; la madrina soltera, joven que abre el cortejo nupcial; la campana de arroz en el umbral de la casa; la torta; la primera entrada en la cámara nupcial, etc., son algunos de los elementos no consagrados aún. Sin embargo, psicológicamente, para los hombres, estos elementos son el matrimonio, y no el contrato bendecido escuetamente por un sacerdote interesado.

Un complejo de inferioridad nos hace temblar delante de esta perspectiva y no pocos piensan que estas transformaciones queridas por los Obispos reunidos en Concilio son aplicables solamente en países de misión. Es un error grave. Todos los pueblos tienen sus costumbres muy propias y la liturgia debe asumirlas so pena de mantener la alienación social que sufrimos, en particular en el Tercer Mundo a merced de otras culturas, no más ricas que las nuestras.

Un amplio horizonte se está abriendo delante de nuestros ojos y la labor por emprender se presenta fascinante para quienes viven arraigados en nuestro siglo. El estudio sistemático, la reflexión, las proposiciones concretas nacerán y los ritos antiguos de la Iglesia verán una nueva juventud hecha de proyecciones hacia el mundo que se crea en nuestras manos.

* * *

Otro de los elementos que nos invitan a una reflexión más profunda y más angustiada aún que la primera es todo lo que se relaciona con la música (3).

Cuando un católico escribía alguna obra musical podía escoger entre una música propiamente católica o una música popular o profana. Esta posibilidad implica una noción objetiva de la música, es algo exterior al hombre, hay distancia entre el hombre y su obra.

La irrupción de la música de jazz en nuestra sociedad (poco ha irrumpido en Venezuela), nos ha impulsado a reflexionar sobre este aspecto de la vinculación o, mejor dicho, de unidad que existe entre el músico y su música. En términos de jazz el compositor y el intérprete se reúnen en el mismo hombre. Esta música es libre. Pero dirán los no iniciados ¿cómo puede realizarse una composición digna de presentarse en estas condiciones, al menos que nos limitemos a oír a solistas? Basta haber visto (porque la música de jazz debe verse) una "sesión" para estar convencido de que la solución no está en el papel o en leyes inventadas por matemáticas sino en las personas. Los músicos se controlan mutuamente y sienten en común lo que se debe expresar. La personalidad que domina, llámese Louis Armstrong, Charlie Parker o Miles Davis, impone al conjunto el sentido general de la pieza, pero deja siempre libre juego a la inteligencia de cada persona, de allí las numerosas intervenciones de solistas, aún frente a las mayores estrellas de jazz.

Este mismo fenómeno se da en la música moderna que quiere ser, ella también, expresión de la persona entera.

Debemos plantearnos el problema con todas sus inquietantes consecuencias: o la música es un juego ele-

gante y pura fantasía que no compromete a nadie, o es la expresión de una persona humana, en el caso nuestro, la expresión del cristiano pecador redimido por su Dios.

El antiguo camino académico era muy cómodo: un poco de objetividad, un poco (o mucho) de sentimientos, un poco de religiosidad y se hacía un artista cristiano. Ahora se trata de "ser" auténticamente. Ya es inconcebible que cualquiera no convencido de su fe escriba una melodía religiosa.

La búsqueda del artista será atrevida también en los elementos que deberá integrar en su música. En efecto, si su expresión quiere ser la del hombre completo (y volvemos a lo que decía Pío XII) todo entrará en su música: todo lo que en él no es él, todo lo que quiere y lo que no quiere, lo que es abominable en él, como lo que es conmovedor. No hay posibilidad de escoger. Este hombre pecador, enfermo, solo, hambriento fue redimido por Cristo. Este hombre deberá orar en esta música y deberá encontrarse en ella frente a su Dios para alcanzarle. No para ahogarse en su miseria como podría ocurrir en el artista no redimido, sino salvado con la música de los cristianos.

Una de las manifestaciones de esta redención en la música será el paso normal del realismo evidente de esta expresión musical hacia los sentimientos verdaderos y profundos del hombre.

El arte moderno —arquitectura, pintura, etc.— debe expresar la totalidad de la persona, lo físico con lo demás. Si esta condición no se da, ni tendremos música moderna, ni tendremos siquiera música sagrada.

* * *

Concluamos este esbozo (tal vez futurista para algunos). La reforma que nuestros obispos nos proponen no se realizará en algunos meses. La generación actual deberá sufrir este parto doloroso. Particularmente todos aquellos que se han alimentado de una vida intelectual y religiosa marcada por el fin del siglo pasado. Tal vez no puedan soportar el grito que lanza y el desgarrar que provoca la generación que sube, encabezada por sus pastores iluminados por el Espíritu. La paciencia y la confianza, virtudes escatológicas que ponen en Dios su visión, serán las actitudes más adecuadas. Y para los jóvenes, los que tienen el corazón lleno de entusiasmo, abramos una vez más los documentos que hemos leído tan apresuradamente. Sepamos descubrir entre líneas las magníficas perspectivas de renovación, de arranque que la Iglesia, siempre al día, sabe darnos hoy.

No hay que esperar órdenes de arriba. La labor está a nuestro alcance. Estudiar lo que se nos pida, vivir completamente nuestra vida, arraigarnos en la sociedad y proponer en sus formas más adecuadas el mensaje que vuelve a decir como en todos los siglos la redención de la humanidad. El culto es la expresión perfecta de esta realidad porque no sólo lo dice sino que lo realiza eficazmente. Toca al cristiano de hoy, adulto en su fe, asumir su plena responsabilidad; el Espíritu no espera menos del bautizado.

(3) Michel Puig, *Vers une signification de la musique moderne* in "Formes sacrées" N° 5.